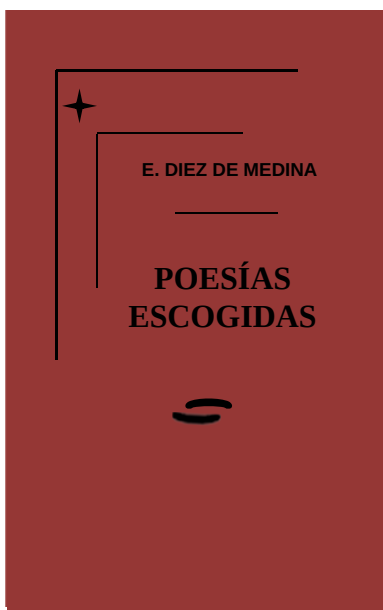




EDUARDO DIEZ DE MEDINA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POESÍAS ESCOGIDAS

1947
BUENOS ARGENTINA

© Rolando Diez de Medina, 2018
La Paz - Bolivia

INDICE

Dos palabras

I

Balada Nocturna
Volviendo al Hogar
Invocación
Con mi hija
Carnavalesca
Mi pequeñuelo
La Casa Solariega
A María Hortensia
Beatriz
Suprema Aspiración
A mi padre
En viaje
La Canción del Hogar
¡Sólo por ellos!
Los Recuerdos
Hastío
En el tren
Insomnio
Acuarela
Después del Carnaval
Maud
¡Id a París!
Coloquio Sentimental

II

¿Qué es el Amor?
Los no me olvides
A tus ojos negros
Al marfil de tus manos
Esperando
Rondel
Epitalamio Real
Ave María Gratia Plena
Las Palomas
Oír estrellas
A unos ojos verdes
Cocotte
A Su Majestad la Reina
Añoranza
Remembranza
Chez Maxim's

Al rielar de la Luna
Paisajes del terruño
La recua del Indio
París
Sonetín
Castel Gamio
Sierra Nevada
Un beso
Musmé
Venganza
Caso fatal

III

Al Illimani
Himno de "Los Sargentos"
La nueva Aurora
De frente, ¡Capitán!
A la Gran Villa Imperial
A Colombia
Los Voluntarios
Avanza el Batallón
El sueño de Alarcón
Paisajes Andinos
Hacia las Cumbres
Los Centauros
Mallcu-Kaphaj

DOS PALABRAS

Presentamos al público, en el intento de difundir la producción de escritores y poetas del Continente, este libro de poesías escogidas de un escritor boliviano, ampliamente conocido en los altos cenáculos de América. No requiere, por ello, prefacio o prólogo la obra de quien tan valiosa contribución ha dado a la cultura latina en múltiples volúmenes consagrados al estudio de la política internacional y los diferendos territoriales, la enseñanza, el periodismo, la literatura y la poesía.

En la Antología de todo poeta auténtico, puede advertirse que, serenada la emoción, se convierte ella en fuerza creadora. Si, según afirma Daniel Rops, “la lección de los poetas es la lección de la pureza”, en esta alcántara lírica del poeta boliviano hay en verdad un mundo ideal, cuyas distintas zonas espirituales alcanzan expresiones del más hondo fervor humano, trasuntadas en delicadas y pura emoción.

Poesía de suave intimidad; poesía que surge del cauce mismo que tiene sus raíces en el tiempo, con un gris color de eternidad; poesía de tonos varios, profundamente humana, que nos enfrenta a una fina sensibilidad de poeta que no va tras el señuelo de los “ismos” raros, siendo fiel a sí mismo, fiel a su voz interior, sin claudicaciones, sin desvío y si declive.

Una amable filosofía, vestida de cristiano ropaje, forma el libro. “Todo individuo que no vive poética o religiosamente, es tonto”, dijo Kierkegaard. En Diez de Medina, el arte tiene siempre un caudal lírico y un profundo surco filosófico.

Pero debemos señalar, en la tónica predominante de este libro, la intimidad del jardín pleno de añoranzas, en el cual, siempre poeta excelso, se detiene a meditar y recordar aun en la meseta elevada de la vida. En SUPREMA ASPIRACIÓN dice:

*“Tener la mente libre y el espíritu fuerte para, si llega
la hora de la quietud suprema, sonreír a la esfinge
piadosa de la muerte”.*

Con este sentido cristiano de la vida, poderosamente humano, el libro va entrando en el espíritu del lector, a medida que se avanza en sus páginas, cristalinas y sobrias. Pero al íntimo sentir, al subjetivismo lírico del poeta, acompaña también la visión que va del reducido y sagrado círculo del hogar, al arco iluminado de la Patria, hasta adquirir voz viva en el arte y la visión perennes.

Como los grandes maestros del romanticismo que en cada estrofa, sobriamente clásica en la forma, sabían poner el fervor encendido de una pasión, Diez de Medina logra encerrar siempre en la forma impecable y perfecta del verso, la caudalosa emoción del hombre. Oigámosle:

*“¡Qué hermosa placidez! La tarde quieta convida a meditar en el
repose; musita sus estrofas el Poeta”.*

Y luego, al definir aquello que rige y regirá la vida emocional de los seres en la eternidad del tiempo:

*¿Qué es el Amor? ¡Indescifrable anhelo!
Soñar en éxtasis. Rielar de aurora.
Latir del corazón que clama al cielo
por retener, perenne, lo que adora.
¿Es amistad letal??Compañerismo?
¿Temible seducción? ¿Fuego del alma?
Para el sabio gruñón, es espejismo.
Para el poeta, ¡padecer sin calma!*

Interpretando o traduciendo a los maestros del habla castellana, el poeta de la noble tierra altiplánica alcanza la misma altura de quienes trazaron los más bellos poemas de sutil inspiración. Véase estos renglones de la profunda y admirable evocación de Verlaine:

*“Por el viejo parque, triste, amarillento, dos
sombras avanzan, a compás muy lento”.
“Sus labios son blandos, sus órbitas huecas,
y apenas se escuchan sus palabras secas”.*

Voces de la tierra y voces del mundo; ecos de un ayer que yace entre las cenizas de un pasado romántico; evocaciones de horas muertas y esperanzas que aun se enredan en los cabellos ligeramente canos; un milagroso tiempo de ilusión, en suma, que hace titilar prodigiosa luz de estrellas que no se apagan, porque tienen el reflejo de su perennidad única: ¡la poesía excelsa y eterna!

Estas POESÍAS ESCOGIDAS son el ventanal de la torre lírica del poeta laureado de “Mallcu Kaphaj”, poema por donde asoma la voz del artista eximio que supo sentir en universalidad tan poderosa y honda emoción propia.

Buenos Aires, Septiembre de 1946.

LOS EDITORES

I

BALADA NOCTURNA

Noche triste...
noche gélida de insomnio, de dolor y de nostalgia,
cuando gimen
los secretos de mis íntimas congojas
y sollozan mis quimeras como novias desoladas!
¡Oh la noche silenciosa
cuando vela la tristeza de las almas!
y la luna
cuando aduna
con mis pobres moribundas esperanzas
su luz pálida!

Miro inmóvil las estrellas misteriosas que volubles
nacen, brillan y se apagan,
murmurándole a la brisa sus endechas ignoradas;
mientras cruzan por el cielo
las nocturnas mariposas que presagian
desencantos, horas tétricas y amargas,
y de súbito se impregna
de tristezas el ambiente y el espíritu de lágrimas!

¡Oh las noches soñadoras de las almas visionarias
que revelan
el misterio de tristezas y de cosas ignoradas!
Por el cielo, lentamente,
van sin rumbo las estrellas solitarias,
como vagan
por el fondo del espíritu ilusiones y esperanzas.
Y la luna
sigue errando por el cielo,
mensajera taciturna,
mientras riela entre los sauces
su luz blanca.

Las pupilas de los astros agonizan de nostalgia
y en las noches melancólicas
nos seducen y nos llaman...
¿Son espíritus que vagan?
¡Oh, la noche cómo enlaza
los secretos de las almas!
y la luna!
cómo aduna
con mis pobres moribundas esperanzas
su luz pálida!

VOLVIENDO AL HOGAR

Sobre la mar tranquila y majestuosa
surca el bajel con rumbo hacia la tierra;
vamos felices, y al mirar absortos
a nuestros querubines, dos estrellas,
pensamos en silencio que allí lejos
¡mi madre nos espera!

Qué importan las angustias ya pasadas
y qué las decepciones y las penas;
los días huyen raudos y un minuto
de todo el sufrimiento nos consuela,
si recordar podemos que allí, lejos,
“mi madre nos espera!

¡Ah, la pobre abuelita! Cuán felices
el día y el instante en que nos vea!
Pero entretanto cuántas, cuántas lágrimas
aun surcarán por sus mejillas mientras
al pié de un crucifijo, sollozando,
¡mi madre nos espera!

Al ver este momento a Marujita
que a gatas y esforzándose se acerca,
y a Boysi interrogar el horizonte
con sus pupilas claras y despiertas,
si pensarán, me digo, que allí, lejos,
¡mi madre nos espera!

Impulso dá a tu barco, marinero,
sin que las rachas ni las ondas temas;
¿ignoras que nos lleva la esperanza
con rumbo fijo, que en la orilla opuesta
mi madre nos espera?

INVOCACIÓN

Para que corran plácidos mis días
sin que me hiera avieso el desengaño,
para que siembre el bien, jamás el daño,
¡Señor! Conduce las acciones mías.

Que mi alma cruce el páramo, serena,
sin que la turbe aquel letal tormento
de la pasión, del odio turbulento
que todo lo pervierte y envenena.

Que haya en mi vida un despertar de aurora,
la imperturbable placidez del campo,
e infúndele, Señor, siquiera un lampo
de tu piedad que estrellas atesora.

Que no se aleje nunca la esperanza
del corazón recóndito y sensible,
para que torne suave y apacible
la llama ardiente, si voraz avanza.

¡Señor! para que aquel fulgor sereno
de su dulce mirar, lánguido y triste,
no lo turben los ojos que me diste,
¡Tú, que todo lo puedes, hazme bueno!

CON MI HIJA

(En su cumpleaños)

-Ven, chiquitina!
ven a mis brazos.
Hoy que es el día
de tu cumpleaños
quiero rodearte
de todo halago.

-Dí, papaíto
¿Qué me has comprado?
¿linda muñeca
con rizos largos?

-Mucho más que eso,
pimpollo amado!
Te traigo anhelos
hondos de un bardo
que están en su alma
reconcentrados;
quiero que encuentres
en breve plazo
toda la dicha,
todo el halago
de un vivir suave

y afortunado.
-Yo, papáito,
te quiero tanto
como a los dulces
y los regalos.

-Hija de mi alma!
que nunca el llanto
nuble tus ojos;
que el alabastro
de tu alba frente
no halle el contacto
ni de una lágrima!
que los candores
de tus cinco años
sean más bellos
y sonrosados,
cuanto más días
vayan pasando.

-Eso que dices
¿quién te ha enseñado?
¿dí, papáito,
por qué estás pálido?

-Porqué bien temo
que un día acaso
conocer puedas
el desengaño,
que pena aciaga
o un desencanto
rozarte puedan
tarde o temprano;
y es para entonces
ir a tu lado
que pido al Cielo
vivir muy largo,
tanto... que peine
cabellos blancos,
y en este pecho
ya calcinado
por lo embates
del mundo vano,
halles refugio;
que sea él blanco
donde se emboten
todos los dardos
que si a ti llegan
lleguen sin daño!

-Pero, papito,
sigues muy pálido.

-Tal vez sin causa...
más tiemblo cuando
veo en tus ojos
un cielo diáfano

que alguna pena
pueda nublarlos.
Me asalta entonces
temor extraño,
tiemblo de angustia,
gozo al mirarlos...
y lo que siento
no sé explicarlo,
no sé si es gozo
ni sé si es llanto!

CARNAVALESCA

Colombina, juega y ríe
mientras dure el Carnaval,
oyendo la estrofa alada
del madrigal.

Pierrot que es diestro en amores
te brindará su pasión;
tiene el fuego de tus ojos
su corazón.

Con él comparte la fiesta
y embriégate de champán,
que así las horas rodando
vienen y van.

Deja al carmín de la rosa
que encienda un sol en tu faz,
causando celos al rojo
del antifaz.

Qué importa si le conoces
hoy por la primera vez;
Pierrot implora, rendido,
llega a tus pies.

No impidas que desenvuelva
su travesura el galán,
pues tu desdén y tu amaño
nada podrán.

Comparte con él la fiesta
y embriégate de champán,
que así las horas rodando
vienen... y van!

MI PEQUEÑUELO

Cuando despierta
mi pequeñuelo,
¡cómo de gozo
late mi pecho!
Su buena madre
lo trae presto
para que juegue
con mis cabellos.
Cual dos capullos
se extienden luego
sus manecitas
junto a mi cuello.
Roces de seda
tienen sus dedos,
roces más suaves
que los de un beso;
y al ver que ríe
mi pequeñuelo,
mientras su madre
le dá su aliento,
yo amo la vida,
bendigo al Cielo
por tanta dicha,
y entonces pienso:
si así me premia...
¡tal vez soy bueno!

LA CASA SOLARIEGA

*(Para mis hermanas
Hortensia y María Teresa)*

I

¡Noble casa vetusta, de alegres corredores,
de pinos que se alzaban como palmas de amor!
casa toda bendita, do las horas mejores de mi niñez
pasaron en un cándido albor

Allí se deslizaron escenas venturosas
de la vida que rueda como toda ilusión,
al amparo de manos queridas y piadosas
enhebré mis ensueños que vanos sueños son.

Cerrada está la puerta del hogar desolado,
secóse en las fontanas el manantial de amor
y entre sus lares queda mi espíritu angustiado
viviendo entre las ruinas su infinito dolor.

Bello y querido albergue de la divina infancia;
dio rosas y claveles su jardín andaluz;
hoy en el viejo patio, poblado de fragancia,
los árboles semejan los brazos de una cruz.

II

Rosario, ¡buena vieja! Tú sabes de esos días
en que a regañadientes buscabas el mantel
que diablillos traviosos por ver si sonreías
mostrábante de lejos, retozando en tropel.

Al tornar de la escuela y alborotadamente
poblábamos la estancia de un jocundo reír,
mientras, más tarde, Chapi, formal y diligentes
pugnaba por llevarnos a rastras a dormir.

Qué inolvidables días aquellos en que todo
mostrábase sencillo, sin ficción ni oropel;
y al recordarlos ¡cómo poder lograr de modo
que volviendo la dicha volviera el tiempo aquél!

Rosario, ¡buena vieja! No turbes con el llanto
la ingenua remembranza del tiempo en que soñé;
si mis ojos llorasen, llorarían tanto, tanto
que a enjugarlos vendría la Madre que se fue...

III

Ya la casa vetusta, de escuetos corredores,
de pinos doblegados por la racha fatal,
ha cerrado sus puertas, sin aves y sin flores,
que la ventura pasa y es la dicha mortal.

Allí las horas raudas, vertiginosamente
transcurrieron felices, en loca exhalación,
mientras hoy al amparo de una sombra clemente
¡solloza desolado mi pobre corazón!

En él late el recuerdo, perenne remembranza
de los seres que fueron un manantial de amor;
doquier sobre mi espíritu, huída la esperanza,
se ciernen los puñales del supremo dolor.

¡Noble y vetusto albergue de la divina infancia!
se agostaron las rodas, sin caricias ni luz;
y en el patio silente, sin fulgor ni fragancia,
¡lloran los viejos árboles con sus ramas en cruz!

A MARIA HORTENCIA

(En sus quince abríles)

Bella flor de Andalucía;
clavelito de verbena,
¡yo te bendigo, azucena
del huerto de mi alegría!

Rayo de sol que me envía
quien no conoce la pena
porque es flor de tierra ajena
que no florece en la mía;
acércate en este día
bajo la sombra serena
del Hogar que es madre buena
pues brinda amor a porfía.

Porque en ti el sol se extasía,
porque a tu cara morena
le dio candor de azucena
la misma Virgen María,
porque eres luz, poesía,
toda pudor, toda llena
de bondad y gracia plena,
yo te bendigo ¡hija mía!

BEATRIZ

(† A los tres años).

Fuiste dicha transitoria,
toda lumbre y alegría
que cual un copo de nieve
pasó por la senda umbría.

Hoy te vuelven a la Gloria,
para que la vida aleve
o el desencanto más leve,
¡no puedan rozarte un día!

SUPREMA ASPIRACIÓN

(A la manera de Platin).

Vivir anhelo en calma; y en esta mansión bella
donde la flor y el aura confunden sus aromas,
seguir el vuelo rítmico de las blancas palomas,
de los pausados bueyes la fecundante huella.

Vivir por el hogar, sin ruido ni querella,
muy lejos de la intriga, sin temor ni desvíos;
sin buscar otro faro que el amor de los míos
irradiando en el alma prístina estrella.

No ambicionar riquezas ni del juglar la suerte;
sin la pasión del odio que todo lo pervierte
ser generoso y noble, hasta en la ofensa extrema.

Tener la mente libre y el espíritu fuerte;
para, si llega la hora de la quietud suprema,
sonreír a la esfinge piadosa de la muerte...

A MI PADRE

¡Dos años ya! Dos años que se abate
mi espíritu postrado en el lamento;
¡sin saber cómo destrozado late
mi corazón privado de tu aliento!

De esa fecha el dolor es acicate
que turba mis sentidos; ya no intento
siquiera recordar; anubla y bate
la idea de vivir mi pensamiento.

Sólo allí en el confín, en lontananza
divina luz se enciende, perceptible
por el terso cristal de la esperanza;

tras ella voy... en ansia irresistible
de trasmontar el límite sombrío
para al fin encontrarte ¡padre mío!

EN VIAJES...

Salvando riscos, montes y llanuras
avanza siempre la arrogante máquina,
rugiendo en su carrera magestuosa,
león que agita crines encrespadas.

Sobre potentes músculos de acero
se precipita en rápida carrera;
resiste el vendaval y airosa flota
rizada al aire su triunfal melena.

Hiende los aires con potente impulso
cual fiera que se lanza a la embestida;
devora entre sus fauces el espacio
y aleja la distancia que camina.

¡Yo te saludo, poderoso atleta!
porque al cruzar con magestuoso vuelo
los más lejanos ámbitos del mundo,
eres imagen fiel del pensamiento.

Tu persistente esfuerzo es el del águila
que se alza dominando los espacios;
así la idea, sin mordaza, vuela
con la veloz fulguración del rayo.

Ni el recio viento que en los llanos ruge
poner un freno a tu carrera logra;
marchas de frente, sin hallar barreras
que no venza tu marcha arrolladora.

No de otra suerte surge el pensamiento
quebranto el hierro vil que le encadena;
mientras la Libertad alumbra al mundo
no habrá tirano o fuerza que le venza.

Indómita la máquina es un símbolo
de la antorcha que rige el Universo;
conquista fue del siglo diez y nueve
que libre arda su luz... ¡el Pensamiento!

LA CANCIÓN DEL HOGAR

La Patria es el terruño; sacrosanto
por el blasón, la espada y el laurel;
y es nuestro amor filial, bajo su manto,
la cruz de su broquel.

Flamea el pabellón, cual viva llama
que extiende el fuego al postrimer confín,
como la fé del corazón se inflama
al toque del clarín.

Luchamos por amor a la bandera,
morimos yendo de su gloria en pos,
mas en derrota o triunfo, sólo impera
sobre la Patria, ¡Dios!

Mi hogar descuella en la soberbia cima
donde se cierne el águila caudal;
muy cerca de los astros, por encima
del aura tropical.

Su nido está en las nieves, en la cumbre,
bajo los rayos fúlgidos del sol;
y a la caricia eterna de esa lumbre,
mi cuna es un crisol.

Se yergue y aproxima al firmamento,
junto al bronco bramar del huracán;
¡arriba, donde estalla el pensamiento
cual chispa de volcán!

Mi Patria tiene bosques donde moran
la puma ardiente y el veloz jaguar;
riachos y torrentes que atesoran
los raudales del mar.

El llano es fértil, bellas sus campiñas
como perpétuo y sonriente albor,
y es la región del plátano y las piñas
¡un Paraíso en flor!

En sus montañas cíclopes encierra
tesoros mil, emporios de metal
que surgen de la entraña de la tierra
fecunda y sin igual.

Mi Patria es el terruño donde brillan
la nieve inmaculada y el clavel
que en la esplendente zona maravillan
bajo el mismo dosel.

Y el núbil Cóndor, Rey de las Alturas
que es símbolo de fuerza y de esplendor,
custodia ahí, sobre las nieves puras,
Mi augusta tricolor!

SOLO POR ELLOS

¡Cuántas veces en triste soliloquio
y a la luz indecisa de una lámpara,
sentí que torturaban mi cerebro
los filos dardos de la duda amarga!

¡Cuántas veces bramando el pensamiento
cabe el silencio de la oscura estancia,
sumido en el letargo del hastío
sentí la asfixia que apretaba el alma!

Dudé de los honores y la gloria,
de la noble amistad, aun de la Patria
que cual la nada de los albos sueños
es más querida cuanto más ingrata.

Y así lanzado por la acerba duda
a un piélago insondable de nostalgia,
¡sólo para adoraros padres míos!
sobre esa mar mi espíritu flotaba.

LOS RECUERDOS

(Interpretación de Le Roy).

Se alejaban, pausados, por las sombras
encorvados y viejos,
en esa hora indecisa en que se añora
tanta ilusión perdida entre los sueños,
fugaces como el viento.

Todos los días, a las mismas horas,
por el mismo sendero,
marchaban ambos a la misma casa,
apoyados sus cuerpos
como sus manos trémulas
sobre el bastón de puño marfileño.

Allí, junto a la lumbre que moría
y al calor del brasero
que así, como sus vidas, se apagaba,
deshilaban recuerdos,
quimeras e ilusión desvanecidos,
los ya pasados tiempos,
mientras el eco de sus voces débiles
era como un silencio...

Y al caer de una noche misteriosa
la vieja puerta abrieron,
y avanzando, medrosos, en las sombras,
sonámbulos los viejos
que apenas eran otra vaga sombra,
para siempre se fueron!

HASTÍO

Cansado de viajar, siento nostalgia
de un soñado país, allí, bien lejos...
donde no encuentre el ejemplar humano,
torpe y mezquino, pérfido o estrecho.

Donde olvidando todo, sin rencores,
y a solas con mis hondos pensamientos,
se deslicen mis días suavemente,
rodeado de un beatífico aislamiento.

¡Suprema aspiración! De las intrigas,
de los prejuicios y del mal exento;
sentirse fuerte, varonil y altivo,
sin el contacto del humano espectro...

Y solo ante la gran Naturaleza
—hermana solitaria del misterio—
vivir en paz, sin otra pasión fuerte
que la de amar el eternal silencio!

EN EL TREN

Ante la inmensa sábana extendida
sobre la gris meseta del desierto,
pasan los montes, pasan, y en seguida
vuelve la rigidez del campo yerto...

También los años cortos de la vida
se alejan al contacto de algo incierto,
como pasa fugaz el alma herida
llevándose un pasado que está muerto.

Todo se esfuma, pasa y trae el llanto,
y apenas se acaricia una esperanza
no tarda el sollozar del desencanto.

Triste desolación, pesar, abrojos;
toda ilusión y toda remembranza
sólo deja una lágrima en los ojos!

INSOMNIO

Mis párpados se cierran; la bujía
que da en el velador su luz incierta
se extingue lentamente; se diría
ser esta llama débil, casi muerta,
¡imagen del amor en agonía!

En vano quiero reposar inerte
y en vano lucho por dormir; el sueño
se acerca sin llegar a adormecerme,
mientras me asalta en persistente empeño
la luz del pensamiento que no duerme.

Las sombras crecen. Noche interminable
de lucha entre lo oscuro y los que alumbra;
lo negro de la sombra inescrutable
que aprisiona mi ser; en la penumbra
tenaz la idea, siempre ineclipsable.

Las horas corren lentas. El eterno
delirio de la mente me tortura
lanzándome al vacío en que me cierno;
¡no de otra suerte si es verdad fulgura
la llama de Satán en el infierno!

Y en lucha desigual conmigo mismo,
dialogando en la fiebre del tormento
la duda me hunde en insondable abismo;
¡cómo acallar podría al pensamiento
ni cómo amordazarlo en el mutismo!

¡Cuán loco empeño! No hay dogal humano,
poder ni fuerza que le pongan valla;
más libre entre las sombras, es en vano
pretender que no triunfe en la batalla,
de la luz y la sombra, soberano.

En este horrible delirar despierto,
cuando incesante y lúgubre conturba
mi espíritu sin fe, pienso en lo incierto
de si esta idea pertinaz no turba
hasta el eterno reposar de un muerto!

¡Oh noche interminable! De hora en hora
me esfuerzo por vencer su duro empeño,
triunfando la vigilia traidora...
¡Quién pudiera un instante hallar el sueño!
¡quién por lo menos avanzar la aurora!

ACUARELA

¡Qué hermosa placidez! La tarde quieta
convida a meditar en el reposo,
y en su silencio tibio y misterioso
musita sus estrofas el poeta.

Cual rasgo de color de una paleta
que avivase el paisaje caprichoso,
se esfuma sobre el lago vaporoso
de un remero la pálida silueta.

Ya la barca se aleja suavemente,
repite la montaña un débil eco
que se pierde en la calma del ambiente;

Y adormecido por un suave halago
mi pensamiento absorto se desliza
con la serena placidez del lago.

DESPUES DEL CARNAVAL

Payaso que recorres las calles ambulante,
deshecho y empolvado tu traje de percal;
¡cuán bien se ve en tu rostro que vas de mal talante,
fugaces las piruetas de alegre Carnaval!

Aquella gracia fina, la sátira y el chiste
no lucen en tu máscara de escéptico Pierrot;
caminas taciturno, tu espíritu está triste
y en él queda el hastío de lo que ya pasó.

Ayer lanzando al aire tus risas cristalinas,
mostrando tus hazañas de experto trovador,
con frascos de perfume y azules serpentinas
triunfabas en las lides temibles del amor.

Mas hoy que estás sereno, tu espíritu sombrío
se abisma en los recuerdos efímeros de ayer;
te rindes de fatiga, sintiendo que el hastío
reemplaza a las fugaces caricias del placer.

No extraño tu cansancio; con máscara o sin ella
también como tú vamos, incógnito Arlequín;
de goces y placeres seguimos la ancha huella
sin ver que no acecha la garra del esplín.

Payaso que recorres las calles ambulante,
deshecho y empolvado tu traje de percal,
¡cuán bien se ve en tu rostro que vas de mal talante
sufriendo las fatigas de alegre Carnaval.

Entregaste al Dios Momo tu espíritu gracejo,
te embriagaste de goces y del falaz amor
y de esas libaciones, no queda sino el dejo...
resabio de una copa colmada de licor.

MAUD

Como una flor lozana que el vendaval avent
llegas a las montañas de un ignoto país;
yo no sé qué fragancia, qué gracia turbulenta
denuncian que tú vienes del fastuoso París.

Tu mirada nostálgica, la frase triste y lenta,
todo en ti nos recuerda la frágil flor de lis
que caída del tallo se arrastra en la tormenta
rodando por la vida, displicente o feliz.

Glacial, como si fueses la imagen de estos montes
que inmóviles contemplan el infinito azul,
escudriñan tus ojos secretos horizontes;

y es su mirar tan hondo, noctámbulo y sombrío,
que se advierte que en ellos ha dejado el hastío
su nube de nostalgia, bajo perenne tul!

¡ID A PARIS!

¡Id a París, amigos venturosos!
puesto que Alá os concede sus favores, °
¡volad hacia París!
Ciudad donde sonríen los amores
y todos aparentan ser dichosos
¡como yo fui feliz!

Llegad hasta sus puertas, siempre abiertas
para ofrecer caricias y placeres
en vértigo letal;
pero temed a Venus; las mujeres
son siempre las temibles, las despiertas
tentaciones del mal.

Brindad a vuestro espíritu sediento
todo el raudal del Arte incomparable
de la gala ciudad.
París es la cisterna inagotable
de donde surge invicto el pensamiento
para hacerse verdad.

Su ciencia es foco que ilumina al mundo
y es la belleza prístina de su Arte
purísimo crisol:
fue siempre la mimada hija de Marte
y es hoy, por su irradiar vivo y fecundo,
predilecta del Sol!

¡Id a París, amigos venturosos!
puesto que Alá os concede sus favores,
¡volad hasta París!
ciudad donde sonríen los amores
y todos aparentan ser dichosos
como yo fui feliz!

Y el día en que lleguéis ante los muros
de la émula magnífica de Grecia,
cerca estaréis de mí,
porque atraída siempre por Lutecia
soñando en sus recónditos conjuros,
¡mi alma se encuentra allí!

COLOQUIO SENTIMENTAL

(De Paul Verlaine).

Por el viejo parque, triste, amarillento,
dos sombras avanzan a compás muy lento.

Sus labios son blandos, sus órbitas huecas
y apenas se escuchan sus palabras secas.

Por el viejo parque, desierto y helado,
dos sombras evocan el viejo palabras pasado.

-¿Recuerdas qué hermoso fue el antiguo sueño?

-¿Por qué tu porfía de amar un ensueño?

-¿Aun late tu pecho por dicha pasada?

-ves siempre soñando mi espíritu? ¡Nada!

-¿Ah los bellos días de gozo indecible
cuando nuestros labios se unían! – Posible...

-¿Qué azul era el cielo, cuán grande el anhelo!

-¿Ya toda esperanza fugó al negro cielo.

Y así los espectros siguieron su vía
mientras aquel eco postrer se perdía...

II

AMOR

¿Qué es el Amor? ¡Indescifrable anhelo!
Soñar en éxtasis. Rielar de aurora.
latir del corazón que clama al cielo
por retener, perenne, lo que adora.

¿Es amistad letal? ¿Compañerismo?
¿Temible seducción? ¿Fuego del alma?
Para el sabio gruñón, es espejismo;
para el Poeta, padecer sin calma!

Si cauto llega Amor, sin anunciarse
porque es todo soñar, es una estrella
de mágico fulgor que al ocultarse
dejó en el alma su profunda huella.

Cuando sosiego placidez nos quita
de súbito se marcha, de tal suerte
que de él en pos el corazón palpita
con la cruel angustia de la muerte.

Presto se va, pues peca de inconstante
tornando así la dicha en desventura;
mas del Amor, quimera de un instante,
¡siempre queda el recuerdo que perdura!

LOS NO ME OLVIDES

Te devuelvo esas flores. Están muertas
cual muertas las promesas que me hiciste;
si el crudo invierno marchitó las flores,
¡heló también tu amor que ya no existe!

Porque mi alma se sienta destrozada
no me quejo de ti ni te acrimino:
no puedes tú, mujer, ser responsable
de esa ilusión que destrozó el destino.

Marchito todo está. Tus ilusiones
y tus frases de amor que ahogara el llanto
se fueron destrozadas por el cierzo
de este triste final: el desencanto.

Me basta tu recuerdo. No te exijo
que conserves la fe que me juraste;
yo no puedo pedirte amor esclavo
ni aquel loco soñar que profanaste.

Huyeron los instantes de ventura,
pasaron sin dejar huella ni calma;
¡cuánta brasa de amor prendió en el pecho!
¡cuánta pavesa gris queda en el alma!

Más fui feliz. Te quizo mi alma tanto,
tan grande fue mi dicha cuando amaste,
tan bella la ilusión de aquellas horas,
que es horrible evocar lo que olvidaste.

Sólo quedan tus flores. Están muertas
cual muertas las promesas que me hiciste;
si el crudo invierno marchitó las flores,
heló también tu amor que ya no existe!

A TUS OJOS NEGROS

¡Qué lúbricos se ven tus labios rojos
cuando el rubor los prende en viva llama,
y en tanto que el amor su fuego inflama
¡qué lánguido mirar el de tus ojos!
Para el pintor que busca los colores
y en trasladarlos al pincel se empeña,
tus labios hizo Dios; para quien sueña,
tus ojos de nostalgia, traidores!

Entre tus labios de caricias nido
sonríe la ilusión de un cielo eterno;
y en tu mirar velado, suave y tierno;
perduran los recuerdos del bien ido...
Del tinte y los sonrojos de tu boca
toma el pintor carmín para su lienzo,
mientras yo al ver tus negros ojos pienso
¡cómo es triste el soñar y el ansia loca!

Se enciende un sol de amor en la granada
de tus rientes labios; ni la aurora
fuera al nacer más suave y seductora
que el tímido fulgor de tu mirada.
Lleve el pintor carmín a su paleta
copiando el tinte de tus labios rojos,
que guardo yo el misterio de tus ojos
cual talismán de luz para el poeta!

AL MARFIL DE TUS MANOS

¡Oh palidez de mármol en tus manos!
cual pudibundas, albas; yemas suaves,
capullo virginal;
flor de azucena, grácil y simbólica,
blanca magnolia tenue transparencia
de límpido cristal.

¡Oh suavidad! Blancor que purifica
tus dedos de marfil, tus dedos gráciles
de pétalos en flor;
en las azules venas de tus manos
las hadas del ensueño dibujaron
la promesa de amor.

¡Oh palidez de manos vaporosas
tejiendo su quimera en la penumbra
de agonizante luz!
tus manos de perdón, piadosas, diáfanas,
cuando se extienden en fervor, de ruego
son éxtasis y cruz.

¡Oh tímido candor en piel de armiño,
más suaves que la brisa, bello encaje
tejido de ilusión!

tus manos blancas, de fulgor sin mácula,
son gema espiritual, flor de misterio
y emblema de perdón.

Finas, excelsas, transparentes manos
con que soñara un día entre deliquios
la Reina de Sabá;
capullos de jazmín, cendal purísimo,
rosas ebúrneas, manos de holocausto
donde el ensueño está.

Cuando fervientes dicen en el templo
junto a la mirra y el gemir del órgano
su flébil oración,
parécenme dos alas de paloma
que abrieran su abanico de alba nieve
sobre mi corazón!

ESPERANDO...

¡Cuánto tardas, amada! La espera
torna largas las horas. Mis ansias
con todo, te acercan;
y en la fiebre de amor que me abraza,
tu recuerdo es la flor que en la ausencia
me da su fragancia.

¡Cuánto tardas aún! Está inquieta
la magnolia, rival de tus manos;
la blanca gardenia
por celosa se yergue en el tallo
e impacientes, ansiosos te esperan
con ellas mis brazos.

Es eterno el instante; y eternas
serán pena y angustia si alargas
lo cruel de la espera.
Ya la llama de luz en mi estancia
de temor e inquietud parpadea;
morirá temblorosa si pasa
la noche y no llegas.

No retardes la dicho que anhelas
ni prolongues la duda en que espero
cuando tú no llegas;
si un minuto prolongas la espera,
torturado de angustia y de celos
moriré de pena!

RONDEL

Blanca, rival primorosa
del jazmín y el azahar;
paloma, capullo y rosa,
eres por bella, mimosa,
mujer y flor a la par.

Es blanca tu mano breve,
y el pie diminuto cual
si fuera copo de nieve
que resplandeciera leve
sobre un brote virginal.

Alba tu tez de alabastro,
tus labios flor de coral
y tus cabellos, del astro
que en ellos dejó su rastro,
son un reflejo auroral.

Blanco el marfil de tu boca
cual purísimo cristal,
blanca la ilusión que evoca
y envidia y celos provoca
por su gracia angelical.

Al danzar, ágil y alada
la gavota musical,
nos das la visión de un Hada
que ritmara apasionada
su ronda primaveral.

Sigue el giro, Duquesita,
del arpegio que se va...
toda ilusión resucita
cuando el Poeta musita
lo que nunca volverá.

Luce, Blanca primorosa,
más blanca que el azahar;
paloma, capullo y rosa,
eres por bella, mimosa,
mujer y flor a la par.

EPITALAMIO REAL

*(Autógrafo en el Album
ofrecido a la Reina Victoria,
por los poetas de España).*

Día de boda, día de fiesta,
Madrid exhibe todas sus galas,
y en el ambiente rima la orquesta
con los susurros de la floresta
rumor de besos y fru-fru de alas.

Tejen los novios sueños alados,
forjan visiones, llevan su anhelo
por entre bellos prismas rosados,
y sus quimeras de enamorados
tienen el claro matriz del cielo.

En ese trono de los amores
Cupido es siempre Rey de los Reyes,
pues si los nobles y los pastores
son sus rendidos adoradores,
él es Monarca sin Dios ni Leyes.

Bajo los rayos caniculares
de un sol ardiente que a Madrid baña,
los novios ciñen regios collares
que de jazmines y de azahares
forma el hidalgo pueblo de España.

Por eso hoy vibran los claros sonos
de los timbales y los clarines;
de amor palpitan dos corazones
y el pueblo ofrenda sus bendiciones
con los capullos de los jardines.

Bendito el gozo que le conmueve
y hace que surja de su desmayo;
no hay honda pena sin pausa breve
ni dicha corta que no renueve
la primavera del mes de Mayo.

Mes en que se abren las azucenas,
cuando las aves forman su nido,
y entre los cantos de las avenas
a los pastores ciñe cadenas
en las campiñas el Dios Cupido.

¡Mayo! Tú anuncias días mejores,
das el aliento, yergues los tallos;
la vida infundes a almas y flores
abriendo al soplo de los amores
pecho de reyes y de vasallos.

Mes de las guindas y las cerezas
mes en que el lirio de amor florece,
flor y perfume, luz y belleza
tejen el sueño de Sus Altezas
¡Victoria Eugenia y Alfonso Trece!

AVE MARIA GRATIA PLENA

Ojos bellos sin par, que de dulzura
de seducción y gracia os mostráis llenos,
¡quién pudiera ser sol, el aura pura
para besarnos, ojos nazarenos!

Abiertos al mirar, estáis dormidos;
y en dulce y misteriosa somnolencia,
siendo ilusión en los sedientos nidos
de gracia y de candor sois transparencia.

Tenéis de las fontanas el misterio
y aquél pudor de tímida azucena
que a quien os vió, retuvo en cautiverio.

Ojos que en tez purísima y morena
sois a la par amor y refrigerio,
¡la Virgen os orló de gracia plena!

LAS PALOMAS

(De Raymundo Correa).

Se marcha una paloma en la alborada,
se alejan dos... y tres... y en fin, decenas
se van; se van del palomar, apenas
asoma en el azur la madrugada.

Más tarde, cuando sopla brisa airada
retornan presto al palomar; serenas,
agitando alas, sacudiendo penas,
regresan siempre, solas o en bandada.

También del corazón donde anidaron
los sueños uno a uno se alejaron
cual las palomas del amor fugaz;

en el albor sus alas extendieron,
mas si las aves al nidal volvieron,
los sueños que se van, ¡no vuelven más!

¡OIR ESTRELLAS!

(De Olavo Bilac).

¡Cómo, diréis, ¿oír estrellas? Cierto!
¡perdiste el juicio! Y os contesto en tanto
que para oírlas siempre estoy despierto
cuando al balcón, por verlas, me adelanto.

Y conversamos, sin cesar, en cuanto
la vía láctea como un palio abierto
cintila; y al rasgar el sol su manto,
las sigo aún por el azul desierto.

Diréis ahora: -Trastornado amigo,
¿qué hablas con ellas? ¿Cuál es el sentido
de su coloquio cuando están contigo?

Respondo al punto: -Amad, hablad con ellas,
pues sólo el que ama tiene aquel oído
capaz de oír y de entender estrellas!

A UNOS OJOS VERDES

Ojos dormidos y huraños
con que mi espíritu sueña
para que alumbren las horas
de soledad y tristeza;
ojos que tienen la magia
de las ondas que se encrespan
y ejercen la seductora
fascinación de las perlas.
¡Divinos ojos! en ellos
ser náufrago quien pudiera
para robarles, perenne,
la irradiación de sus gemas!

Ojos que al mirar no mienten
si se les ve de muy cerca,
cual engañar no podrían
porque de lejos destellan,
que si a distancia seducen,
cuando se aproximan, queman,
y si dañan porque miran
cuando no ven, desesperan...
¡Divinos ojos! por ellos
mariposa ser quisiera
para calcinar mis alas
en resplandores de seda.

Ojos que dicen recuerdos
de fantásticas quimera
y al contemplarlos inspiran
en cada estrofa un poema;
que seducen cuando miran
y atraen cuando se cierran
y atraen cuando se cierran
porque les pones su broche
los besos de las estrellas;
¡Divinos ojos! ante ellos
¡quién remanso ser pudiera
para copiar junto al iris
el verde mar en que sueñas!

Ojos claros, de luz pálida,
llenos de lumbre magnética
por donde asoman divinos
capullos de primavera,
cristales donde el absintio
vierte raudal de quimeras
y sedientos los espíritus
en sus cálices abrevan.
¡Divinos ojos! alumbran
como joyas de diadema
y al verlos las esmeraldas
su juego de luz amengüan.

Ojos diáfanos que tienen
del cristal la transparencia,
la suavidad de los pétalos
y el fondo mar de las selvas;
seductores acarician
cuando sus pestañas pliegan,
y así dormidos se embriagan
con aromas de alhucemas.

¡Divinos ojos! presumo
que al verlos soñar, se impregnan
de su nostalgia el ambiente,
de su brillo las estrellas.

Ojos glaucos, ojos verdes
que al irradiar embelesan
y en cuyo fondo palpita
la inspiración del poeta;
huraños ojos dormidos
donde la luz cabrillea
como en apacible linfa
los rayos del astro juegan.
Quien os ve, nunca os olvida,
que a mirar ¡quien se atreviera
si en vuestras claras pupilas
asoma la luz que ciega!

¡COCOTTE!

Con paso muy menudo, de prisa, muy de prisa
de modo que electrice el ruido del frú-frú,
caminas exhibiendo tus pícaros mohines
que tienen seducciones que sólo tienes tú.

No importa dónde habites, a dónde vas o vienes,
no importa que te llames Lilianne, Mimí, Margot,
te basta ser graciosa, lucir airoso talle,
siendo la irresistible, ¡la impávida cocotte!

De noche y de tal modo caminas por las calles
luciendo tus piruetas con una donaire tal,
que basta ver tu garbo, tu gracia maliciosa,
para que pierda el tino, por ti, cualquier mortal.

Si acaso te detienes de pronto en el trayecto
pues resbala la media de finísimo tul,
simulan los ojillos volver hacia la liga...
pero siempre en acecho de un cándido gandul.

Adoras los bombones, el lujo y el champaña,
la argolla en que destacan la perla o el rubí;
mas si alguien pide un beso, de fijo le respondes:
-mercí, mon p'tit cherí, mais je préfère un louis!

A SU MAJESTAD DE REINA

Para ti que eres Reina del mirífico ensueño
y en la sonrisa luces inmaculado albor,
un madrigal ensayo, romántico y sedoso,
que de mi lira brote, como botón en flor.

Para rimarlo ansío bajo un sol abrioleño
robar a los vergeles aromas y color;
pero no acierto cómo podré lograr mi empeño
pues todos los capullos ya velan tu pudor.

Si busco un rayo de oro para imitar el bello
fulgor que esparce en ondas el haz de tu cabello,
desmábase en tus rizos, mas rubios que la mies;

Y al ver que hasta la albura se amengua de la nieve
sintiendo el roce suave de tu pisada leve,
mis rimas se deshojan y caen a tus pies.

AÑORANA

Bajamos los peldaños, estrechamente unidos,
tus labios y mis labios dijéronse un adiós;
en ese mismo instante vibraron dos latidos
y en una se juntaron las almas de los dos.

Te fuiste... mas escucho, rozando mis oídos,
el eco misterioso de aquel beso de amor;
tu espíritu me envuelve a absortos mis sentidos
en éxtasis contemplan el sueño embriagador.

No estás; pero de pronto resuenan en la estancia
tus rítmicas pisadas; aspiro la fragancia
de aquella flor que grácil perdura en mi rosal...

Y mientras el anhelo te acerca silenciosa,
páreceme que llegas, tornada en mariposa,
¡para rozar mis sienes con alas de cristal!

REMEMBRANZA

Fue una noche feliz, de alegre primavera,
una noche poblada de risas y placer;
te conocí al acaso y allí como si fuera
ya dueño de tu nombre, yo te llamé Musette.

Ebrios de todo amor, con la ilusión suprema
que el Bosque de Boloña brindaba en su quietud,
hilamos las estrofas de un pálido poema
poniendo por testigo la luna en el azur.

Y luego porque fuese más largo nuestro ensueño,
más honda la alegría de aquel amor fugaz,
tuvimos la locura de prolongar el sueño
como si no temiéramos un término fatal.

Así agotamos juntos el frasco de ventura
rociando nuestras almas del vino de París,
en la embriaguez dichosa del vértigo que apura
la copa, en que vierte el tedio del *spleen*.

Después, cuando la racha del infortunio vino
y en la apacible barca sopló la adversidad,
quisimos, aunque tarde, flotando en el destino
luchar contra las rudas borrascas de la mar.

¡Oh!, dulce compañera de aquellos tristes días
en que olas de pesares cayeron sobre mí;
tu amor sembró las pocas fugaces alegrías
que en medio del oasis me diera tu jardín.

Tu fuiste cariños, leal y compasiva
lo mismo en la ventura que luego en el dolor,
y mi alma delicada, como una sensitiva
se adormeció al magnético arrullo de tu voz.

¡Amada! ¡Cuántas horas de ayer han transcurrido
y cuántas primaveras el tiempo deshojó,
sobre la breve historia de aquel placer vivido
de risas y de lágrimas, de sueños y de amor.

Mas sólo tu recuerdo como una flor lozana
jamás en la memoria se habrá de marchitar;
y mis momentos tristes, de evocación lejana,
volverán tu fragancia y el eterno soñar!

CHEZ MAXIM'S

(UNA NOCHE EN PARÍS)

Es la hora del placer. Maxim's de gala
mujeres bellas y gallardos mozos
aloja en su amplia sala.
Cabrillea las luces en los focos;
en los ojos sedientos
las hembras lucen su mirar ardiente,
y allí, como entre sueños,
flora un extraño y voluptuoso ambiente
de seducciones, de placer locos.
Marca un reloj las dos; pero se pierde
su lánguido tic-tac en el bullicio.
Para impedir que el tiempo les recuerde
tan cerca al precipicio,
buscan pasarlo en el sopor del vicio!
Ya las mujeres chillan; en las copas

rebotan los licores
y el champán corre en las lujosas ropas
de un cocota que blasfema horrores...
Hay un espejo frente a mí: Discreta
percibo allá en su fondo la silueta
de una rubia gentil, de talle esbelto;
ostenta la griseta
en ondas de oro su cabello suelto
y un fúlgido mirar que diría
junto a la hoguera azuelo se abrasaría
toda alma de poeta!

Pasan minutos. El bullicio aumenta
y al *jazz* nos ensordece.
La rubia agota su licor de menta
que luego le domina, la adormece,
y entre el rumor confuso de la orgía
se aleja su alegría
cual su bello mirar desaparece.
La orquesta rima un baile cancanesco,
muévense y bailan múltiples parejas
con garbo quijotesco,
mientras ideas raras y complejas
asaltan a mi espíritu burlesco
cuando curioso observa
cómo el licor transforma, cómo enerva
y cómo el hombre adora lo grotesco!

Es la orgía final. Es el disloque...
Un *rastaquouére* hundida la chistera
de su cabeza fofa de alcornoque,
busca lid pendenciera,
mas un hipo le impide que provoque
comprendiendo el gandul que es más prudente
tratar de no lanzar el aguardiente...
Resígnase a dormir. Y recostado
sobre un amplio diván, ronca a su antojo
de una hembra acompañado.
"Marchemos a Montmartre!", exclama un cojo,
¡Muchacho, despertad al matrimonio!"
El *rasta* entreabre un ojo
gruñendo a media voz: "¡id al demonio!"
Los hombres, al andar, se bambolean
e inconscientes sin tregua el codo empinan;
cantan las otras, gritan o pelean,
y... todos desafinan!

Solo la rubia, taciturna y triste
lleva a sus labios, sin chistar, la copa.
Con ese manto de licor se arropa
para olvidar que existe.
Sus ojos se amortiguan. Y el reflejo
de su mirada, ya velada, incierta,
se fija en el espejo
cual la penumbra de una vida muerta.
En su tez encendida
por el licor que enerva embrutece

comienza a desleírse la pintura,
carmín o tinte que parece
ser un pudor sobre la tez impura.
¡Pobre incauta Mimí! Cómo parece
ser un pudor sobre la tez impura.
¡Pobre incauta Mimí! Cómo parece
caída en el torrente de la orgía
que agota y envejece!
Su espléndida belleza, flor de un día,
si en un sueño de amor nos extasía
fugaz se desvanece...
Mas yo no la condeno, si insegura
mi mente está de los que siente su alma,
ni sé si es falsa su aparente calma
o es que tal vez le amarran las cadenas
a un infierno de penas
y al carro de la vida que tortura.
Contemplo, sí, su faz adormecida,
porque sé de la vida;
y al verla sola, pensativa y mustia,
pregunto a quien la vida triste ignora
si sabe de ese espíritu la angustia,
si sabe cuándo llora!

Nublado el pensamiento
por el pesar de oculto sufrimiento,
¡cuántos vienen aquí buscando olvido
para en suicidio lento
emborrachar el pobre entendimiento,
sangrando siempre el corazón herido!
Tal vez la hurí confía
sin hesitar a la embriaguez sus penas
que son al mundo ajenas,
como es quizá ficticia su alegría
luciérnaga que apenas
se enciende entre las luces de la orgía.
Nada sé de su espíritu ilegible,
mas contemplo el silencio en que se abisma
y al verla ante su copa, ya insensible,
para el mundo y sí misma,
me alejo, cavilando si es posible
ver la vida mejor, por ese prisma...

AL RIELAR DE LA LUNA

Es de noche. Medito. Quebrando va la luna
su luz entre los pinos; y en plática secreta
retornan los recuerdos que la ilusión aduna
para rozar la frente marchita del Poeta.

Abajo la ciudad. Mil luces parpadean
en el hondo silencio de la urbe que dormita;
la luna sigue errante, los astros cabrillean
y mi espíritu llora su nostalgia infinita...

Ya lejos el recuerdo de los primeros años,
evoca el pensamiento la senda recorrida
donde vivimos juntos placer y desengaños.

¡París!...Y ante tu mágica visión ¡oh Sol de Francia!
siento que en esta noche primaveral, florida,
no hay rosa que al recuerdo supere en la fragancia.

PAISAJES DEL TERRUÑO

I

Es en la pampa fértil. De un pobre caserío
sale un lebel que flácido se tiende en el portal,
mientras la *himilla* muele sobre la piedra dura
la papa y los ajíes de la cena frugal.

En un rincón oscuro del rancho, casi en cueros,
berrean dos chivatos; sustrajeron un real
al indio rencoroso cuyos brazos severos
vengarán con el látigo su pecado venial.

Afuera sopla un viento glacial de cordillera,
sacude los pastales, la rica sementera,
trozando las espigas del maduro trigal.

II

En las escuetas pampas, silentes, solitarias,
reúnen los indios y al son de los tambores
inician los festejos con bailes y licores
que embriagan sus vencidos espíritus de parias.

Ahitas las mujeres de alcohol, estrafalarias
al ras del suelo tienden los múltiples colores
de sus rebozos claros que muestran brilladores
matices cuando giran en ondas tumultuarias.

Se agotan sendos jarros. Los ritmos de la flauta
decrecen tristemente, y en abandono báquico
las *huarmis*, los *tokoris* embriáganse sin pauta.

Y al morir de la tarde, cuando llega el relente,
girando va la rueda multicolor en que ágiles
ondulan las polleras, vertiginosamente.

LA RECUA DEL INDIO

Lentamente van los burros
por los campos,
bajo el peso de su carga
cabizbajos.
Sin apremio ni fatiga
van al paso.
con la rítmica cadencia
de otros asnos...
y como ellos que en el mundo
viven plácidos,
también marchan cavilosos,
enigmáticos!
Cuando véñse por las moscas
molestados,
las espantan displicentes
con el rabo;
y el mohín de sus orejas
va indicando
que reciben con desidia
todo halago.
Llevan graves sobre el lomo
cualquier fardo,
mas si notan el carguío
muy pesado,
se revela en el instante
su desgano,
pues se paran o se tienden
rebuznando.
Son paciente y modestos
sin embargo,
como raros personajes
de mi barrio;
más leales y constantes
-jeso es claro!-
que los pérfidos políticos
de otros bandos.
Es por eso que el indígena
desconfiado
pero escéptico filósofo
desde antaño,
no se fía de los hombres
de esos pagos,
tornadizos o falaces
por el hábito,
prefiriendo a los pollinos
de su rancho
que no causan sinsabores
ni hacen daño
que no causan sinsabores
ni hacen daño.
Bien es cierto que rebuznan

de allí en cuando...
se emberrinchan mucha veces
pero... ¡vamos!
no discuten como ciertos
hombres fátuos,
ni se gastan esas ínfulas
de otros asnos...

PARIS

Es media noche. La avalancha humana
se esparce por los anchos bulevares;
bullicios y canciones populares
difúndense en la atmósfera malsana.

Todo sonríe. La ciudad ufana
resplandece entre bellos luminaires,
luciendo sus pupilas que a millares
parecen las estrellas que desgrana.

Pierrot persigue jugueteón, festivo,
dos seductoras sombras femeninas
que no muestran por cierto el aire esquivo...

Se oyen sus risas suaves, argentinas,
y en el coloquio del amor furtivo
¡se lleva el muy gandul dos Colombinas!

SONETIN

I

Sol de Enero.
Diana asoma
tras la loma
del sendero;

y en su alero
la paloma
calor toma
de un lucero.

La flor brota
sobre el tallo;
y alta nota

lanza un gallo
que alborota
su serrallo...

II

Atardece,
por la huerta
luna incierta
su luz mece.

Aparece
sombra cierta:
desconcierta
y entristece.

La gallina
ve el serrallo
sin ruido,

y adivina
que el buen gallo...
se ha dormido!

CASTEL GAMIO

Mansión eres de hidalgos, soberana,
pues tienes el escudo de nobleza
que hace evocar la señorial grandeza
de la arrogante estirpe castellana.

Tus torres, tus jardines, tu galana
severa construcción, te dan realeza,
descollando la espléndida belleza
de tu campiña fértil y lozana.

París ante tus plantas se reclina,
como ebria de perfumes se desmaya
junto a un lecho de rosas una ondina.

Arrullas su vivir, vivir que absorbe,
y eres mansión de luz, el atalaya
de la más bella población del orbe!

SIERRA NEVADA

La nieve va extendiendo su clámide mortaja
por la extensión monótona de la planicie muerta,
mientras de la colina con el rebaño baja
tarareando un *chivato* su cántico de alerta.

Viene el tropel jadeante; y al cruzar por la yerta
desolación del llano, ya en la bravía paja,
vellones de sus lanas se mezclan a la incierta
palidez del rocío que su blancor relaja.

Las cúspides nevadas semejan un sudario
sobre el estéril vientre de la pampa que encierra
cadáveres y fósiles de un mundo milenario.

La tropa y el aprisco se esfuman en la sierra...
y en tanto que la nieve desgrana su rosario,
gruñe el viento un responso glacial sobre la tierra.

UN BESO

(De "Cyrano de Berjerac").

-¡Un beso! ¿qué es un beso?, dí, ¿qué expresa?
-Juramento de amor, dulce promesa,
declaración sellada por la fe,
rosado punto en la i del verbo *aimer*,
secreto en que la boca es el oído,
dichos instante, de una abeja el ruido,
es aroma de flor, es comunión,
es hálito que anima el corazón;
silencio del amor, dichosa calma,
y al borde de los labios "toda el alma!

MUSMÉ

Ojitos triangulares,
boca pequeña y sensual
donde los azahares
son tentación y puñal.

Diminuta como el beso,
suave como el amor,
tiene el cándido embeleso
de todo botón en flor.

Es voluble y parlanchina
como las ondas del mar;
por su garbo, figulina
que marea al caminar.

Cuando sonrío electriza
y al verla danzar no sé
si en la alfombra se desliza
la divina Salomé.

Ojitos triangulares,
boca pequeña y sensual;
son sus risas, malabares
que ocultan fino puñal!

¡VENGANZA!

Burló, falaz, su promesa
siempre voluble Constanza,
pero ha de ser mi venganza
más fuerte que su flaqueza;
ha de morir la inconstante,
tengo ya sus brazos presos,
ha de morir, al instante,
calcina... ¡por mis besos!

¡CASO FATAL!

-Escribe en mi álbum una estrofa bella,
dijole al vate Juan una doncella,
sentida estrofa, llena de perfume,
-Y te doy lo que escriba, dí, ¿no es eso?
-¡Cabal!
Y luego que escribió, la dio él un beso.

Pasaron años y con ellos fuése
veleidoso el amor que al fin perece...
De aquella estrofa en hoja de alabastro
tan solo, sin perfume, quedó un rastro;
y en el sitio en que Juan con embeleso
loco depositara ardiente beso,
los años que al amor ponen en fuga
dejaron en el rostro... ¡una verruga!

III

AL ILIMANI

¡Salve montaña hirsuta, de mirífica alas!
¡Salve Virgen del Ande, hierática y triunfal!
Si al asomar la aurora se rinde ante tus galas,
el Sol te brinda, núbil, su clámide nupcial.

Tu penacho impoluto con que al mármol igualas
corona de azahares mi terruño ancestral;
y al mágico conjuro del hálito que exhalas,
a tus pies se levanta la ciudad invernal.

Por ti la tierra es fértil, indómita la raza,
diafanidad la estrella que sus destinos traza,
pureza y luz tus nieves de fúlgido arrebol.

Tus flancos son escudo, bandera tu alba toca,
y una espada flamígera reverbera en la roca
templada entre las nieves y el ósculo del Sol!

HIMNOS DE “LOS SARGENTOS”

¡Avanza siempre! ¡corre, sube, vuela!
y en tu bridón que vida y fuerza expande,
¡Sargento! ¡clava el filo de tu espuela
sobre el hijar granítico del Ande!

No hay valla que no salve tu coraje
ni obstáculo que tu ímpetu resista;
frenas al potro en su correr salvaje
y en él recorres, vencedor, la pista.

Picando espuela a tu corcel alado
y en rápido galope vas, Sargento,
por entre riscos, montes y collado,
cual águila veloz que rasga el viento.

De un vuelo cruzas el erial; de un salto
la incógnita barrera de la suerte;
y en sereno desdén, sin sobresalto
¡desafías impávido a la muerte!

Ganas las cumbres y en estepa y monte
galopas sobre el aro de la vida;
tienes por cancha y sol: el horizonte,
por santo y seña: no soltar la brida.

No trepidas ni temes; no te inquieta
rodar por entre el polvo del camino,
porque tu recio corazón de atleta
templado y firme está frente al destino.

¡Avanza siempre! ¡corre, sube, vuela!
y en tu bridón que fuerza y vida expande,
¡Sargento! ¡clava el filo de tu espuela
sobre el hijar granítico del Ande!

LA NUEVA AURORA

(En el despertar de Bolivia)

Ante el conjuro mágico de un pueblo adolescente
cruza el corcel de acero por la región andina,
y a la para que veloz se extiende y avcina
corre de Norte a Sur, de Oriente al Occidente.

Al seguirle en su avance, vertiginosamente,
los Cóndores sorprenden la visión repentina
de un país que descubre su inagotable mina
más rica que el tesoro de los Reyes de Oriente.

Penachos de humo ascienden en su carrera alada,
y el incienso sagrado que los aires perfuma
besa las cumbres albas de la sierra nevada.

Corre el corcel de acero y en marcha voladora
por los agrestes montes y el llano que se perfuma,
rasgando va la clámide de la naciente aurora!

DE FRENTE CAPITAN!

(A los héroes del Chaco).

De frente, Capitán! Tus bravas filas
mermando van en desigual batalla;
las diezma el sol, destroza la metralla,
mas de coraje fulgen las pupilas!

No importa si son pocos y si apenas
se escucha ya el tronar de los cañones;
forman broquel los férreos corazones
cuando la sangre es cólera en las venas!

De frente, Capitán! Rifa la vida
llevando al triunfo vengador tu gente,
ni por la sed ni el batallar rendida.

De frente, Capitán! que la victoria
no sólo están en vencer, sino, de frente,
de cara al sol, luchar ¡morir con gloria!

A LA GRAN VILLA IMPERIAL

*(Para Alberto Saavedra
Nogales y Armando Alba)*

Pueblo fuerte y varonil
de la noble Imperial Villa,
¡cómo tu heráldica brilla
tallada en recio marfil!
Escudo y prosapias mil
engalanada tu heredad;
no admitió la Real Ciudad
dogales, mitras ni hierros,
por eso, sobre sus cerros
flamea la Libertad!

Libre ya antes de nacer
echaste abajo al tirano
y en esfuerzo sobrehumano
derribaste su poder;
no quisiste esclavo ser
de vergonzosa opresión;
te sobraba el corazón
que alienta en todo patriota
para poner en derrota
Reyes, que difuntos son.

No admiraría el valor
de tu proverbial riqueza,
si no fuese la grandeza
que te dio también honor.
Tus hijos con noble ardor
allí dejaron señal;
arrancaron el metal
de las profundas entrañas,
convirtiendo tus montañas
en la Gran Villa Imperial.

Y no es dudoso decir
si son más preciados dones
los de tus ricos filones
promesa del provenir,
o la herencia que al morir
supieron ellos dejar;
si se puede aquilatar
el oro de las entrañas,
no en verdad de sus hazañas
medida puédesse dar.

Tenían gran corazón
aquellos viejos patriotas
que no rindieron, ni rotas,
las armas de su blasón;

levantaron el pendón
de la lucha hasta morir,
cual prefirieron rendir
de sus montañas el oro
por conquistar un tesoro:
¡libertad para vivir!

Así lucharon también
los guerrilleros de Arraya
que a mil pusieron a raya
siendo esos valientes cien.
Y así diezmadas se ven
las filas del chapetón;
tuvieran o no razón
por su Rey unos morían,
mientras los otros rompían
los dogales de opresión.

Era natural ¡pardiez!
que fueran recios titanes
aquellos que en sus afanes
combatieron uno a diez.
Domeñaron la altivez
del audaz conquistador,
y con admirable ardor
sin trepidar ni desmayo,
fueron dignos de Pelayo
por su arrojo y su valor.

Por eso su gloria es tal
que eclipsa estrellas y soles;
lucharon con españoles
de coraje sin igual,
para en combate leal
ser de la Fama crisol.
Vencer es cambiar el rol
del vencedor de cien guerras
en cuyas extensas tierras
no se ponía ya el Sol.

Si no se ocultaba el sol
en dilatado dominio,
gloria, tal vez vaticinio
fue para el Rey español;
que ese límpido arrebol
no se ponía, es vedad;
mas bendita claridad
esa otra que así surgía
y en suelo nuestro fulgía
¡como un sol de libertad!

Ha de perdurar, ¡a fe!
tal enseña redentora,
lumbre pura, luz de aurora,
signo y cruz, doquiera esté.
Si de un siglo antorcha fué,
hoy eterno es su fulgor.

No ha manester el favor
de Vulcano ni de Oriris
¡si su luz está en el iris
de la enseña tricolor!

Pueblo fuerte y varonil
de la Noble Imperial Villa
¡cómo tu heráldica brilla
tallada en recio marfil!
Escudo y prosapias mil
engalanan tu heredad.
¡No admitió la Real Ciudad
dogales, mitras ni hierros;
por eso, sobre sus cerros,
flamea la Libertad!

A COLOMBIA

¡Colombia! aquí brillaron tus fúgidos aceros,
acá perenne se oye la voz del Tequendama
que ensalzando la hazaña de tus nobles guerreros
con trompas aquilinas tus victorias proclama.

Fue la legión invicta de tus infantes fieros,
como el puma indomable, que ebria de luz y fama
diezmando las falanges de los bravos iberos
clavara en nuestras cumbres su límpido oriflama.

Y al punto en que las huestes, en éxodo admirable
por cúspides y llanos al conquistar la Gloria
fijaron en la ruta su faro ineclipsable,
Bolivia nació al brillo de eternos resplandores,
surgiendo, sobre el Ande, para inmortal memoria,
las siluetas epónimas de los Libertadores!

LOS VOLUNTARIOS

(De la expedición al Acre).

Altivos como el Cid, los voluntarios
ofréndanse a la Patria amenazada;
no miden el rigor de la jornada
ni indagan quiénes son sus adversarios.

Con el ardor de nobles visionarios
se alistan a partir. La Patria amada
confía en su valor. Su fe es sagrada
como su empuje y su alma legendarios.

Es tranquilo su adiós. Y así, serenos,
marchan del grupo en las compactas filas
los hombres del deber, al ruido ajenos.
Refleja el sol su luz en las mochilas
y avanza el pelotón, sabiendo al menos
ya que llevan la gloria en las pupilas!

II

Regresan los soldados. Se engalana
de fiesta la ciudad. En los balcones
se agitan brazos mil. Marciales sonos
repercuten al son de la campana.

Se oye el clarín que en la región lejana
sostuvo en fiero ardor los corazones...
¡y asombro cruel! Son hoy los batallones
apenas una exangüe caravana!

Los más cayeron en la lid. Contados
aquellos que nos traen su memoria
por entre el pueblo avanzan encorvados.
Escuálidos están: pero la Gloria
los yergue y agiganta, coronados
por lauro inmarcesible de Victoria!

AVANZA EL BATALLON...

Nevando está. Se cubre la espléndida llanura
de copos que semejan burbujas de cristal,
en tanto se engalanan de grácil vestidura
las pampas silenciosas y el triste pajonal.

En la aridez del yermo, sobre la estepa dura
divisase el cadáver de un águila caudal;
mientras avanzan hombres de recia contextura
cruzando infatigables el páramo glacial.

Donosas las vicuñas espectan azoradas
el rítmico desfile de tropas avezadas,
más ágiles, más fuertes, radiantes de vigor...

Asoma en el Oriente la lumbre matutina,
y al son de los clarines en la planicie andina
dibújase en el iris la enseña tricolor!

EL SUEÑO DE ALARCON

(Sic itur ad astra).

Irguióse el Capitán. Su nave alada
perdíase en las nubes. Impasible
viró el timón y el Ícaro invencible
marcóle rumbo hacia la Patria amada.

¡Qué lúcida visión! Tener su espada
sujeta de los aires invisible,
para un día lanzarla irresistible
sobre el audaz que tienda la emboscada.

Turbado el Capitán con la vislumbre
de aquel sueño de gloria grande y fuerte,
sintió caer su nido de la cumbre...

Y en tanto que la absorta muchedumbre
rodeaba el cuerpo cálido, ya inerte,
su espíritu al volar, tornóse en lumbre!

PAISAJES ANDINOS

Amenaza la tormenta. Gruesas nubes atraviesan en bandada
por el cielo; y en la cumbre de las rocas, sobre un páramo sombrío,
salta el rayo iluminando la guarida de las águilas salvajes
que a los vientos lanzan quejas, entre broncos, entre lúgubres graznidos.

Ruge el trueno y estrepita pavoroso en los espacios, como fiera
que en satánico combate a las cumbre y los llanos desafia,
como fiera que no hallando un adversario que sus ímpetus refrene
sigue impávido avanzado, brama, brama en su colérica embestida.

Densa nube que arrastrada por los vientos amenaza en el espacio
se abre en medio; y una lluvia de granizo que de lo alto se descuelga
va extendiendo sobre el campo desolado y silencio del desierto
blanca sábana que sube hasta los montes a platear las altas crestas.

En el fondo del paisaje difumina su silueta vacilante
la vicuña que donosa y ágilmente se aproxima galopando,
y a su paso mirar puede en la sábana blanquísima de nieve
mil pequeños, caprichosos ojivales por los cascos diseñados.

II

Ha cesado la tormenta. Ya las tenues claridades aproximan
el arribo del Dios Febo cuyos dardos a los lejos se vislumbran;
rasgan ellos, rutilantes, la tinieblas de una noche tenebrosa,
de una noche cuyos ecos tempestuosos disipáronse, entre brumas.

En las cumbres de los montes se destacan, como sombras del paisaje,

cientos de águilas salvajes que han dejado sus incógnitas guaridas
e interrogan con mirada penetrante los misterios del arcano
y el porqué de las tormentas que las puso temerosas y entumidas.

El cadáver de algún cóndor, casi oculto, se divisa entre la nieve,
mientras cruza por el aire una bandada de veloces golondrinas
desplegando el abanico de sus raudos aleteos y el sonido
que los ecos repercuten en las grietas y los flancos de las cimas.

Surge el Astro en el Oriente. Del dorado y regio alcázar brotan rayos
cuyos nimbos matinales por el páramo glacial se desparraman,
y los copos de la nieve enrojecidos por el sol, resaltan, brillan,
semejando los rubíes encendidos que los ósculos desgranar!

HACIA LAS CUMBRAS

(A Hudson en su vuelo al Illimani).

¡Asciende Leviatán! Ya las alturas
no detendrán tu magestuoso vuelo;
te brindan tu dosel las nieves puras
y los andinos dólmenes su suelo.

Llega a las cumbres, cuida las oscuras
fronteras patrias; y al rasgar el velo
de campos yermos, montes y llanuras,
enciende un faro en el azul del cielo!

Que flote tu barquilla poderosa
sobre el nevado agosto de mi tierra
donde el gran Cóndor en quietud reposa;

y si el peligro avanza hasta sus flancos,
¡despliega el rojo pabellón de guerra
que irradie al Sol entre penacho blancos!

LOS CENTAUROS

*(A Jorge y Arturo Ballivián, descendientes
del vencedor de Ingavi).*

No quisieron vivir en tierra esclava
ni soportar cadenas,
porque nacieron libres, de esa madre
que tuvo en sus prolíficas entrañas
la gravidez helénica
de las heroicas madres espartanas!

No quisieron ser parias
ni someterse al yugo de la fuerza.
Tenían la potencia de las águilas
y el músculo de atletas
para romper dogales y cadenas.

No quisieron ser gleba
sujeta en el cerril de la mesnada,
ni quebrantar su rígida entereza
ni ser de los que callan.
¡Hicieron siempre menosprecio y befa
de títeres y sátrapas!

Cuando el solar crujía envilecido,
se irguieron los hermanos
para empuñar el rifle o el cuchillo,
de cara al Sol, sobre el rugoso llano,
prietos los dos y estrechamente unidos
en el heroico abrazo!

Lanzáronse al albur, viendo sus ojos
la imagen dolorida de la Patria,
sujeta en ligaduras y vejada
por déspotas y cafres!
Lanzáronse al ataque, sin más armas,
sin cálculo ni freno, sin que nadie
pudiese detener el que estallara
su cólera en coraje!

Fue noble y varonil su loca hazaña,
pero legión de espías en los surcos
atacando a mansalva
cayó sobre los bravos, cien contra uno;
y una vez más el ímpetu no pudo
triunfar de la barbarie.

Mas ¡oh clamor! Al punto en que los cóndores
cubriendo el altiplano
cruzaban por los aires y la pampa
ya ensangrentada en púrpura de mártires,
desde el confín, como un rumor de cóleras
que en la tierra enlutada
pareciera ascender hasta las cumbres,
una voz ancestral llenó los ámbitos:

¡Bolivia está salvada!
porque el esfuerzo de sus hijos másculos
no será estéril. Del raudal fecundo
de sus propias entrañas,
más grande en el dolor, purificada
por el raudal de sangre y de martirio,
resurgirá la Patria!

MALLCU KAPHAJ

(Cóndor poderoso)

*(Primer Premio en los Juegos
Florales de 1919)*

I

Se aleja el sol. Tras la encendida loma
del Illimani que soberbio impera
sobre los Andes cíclopes, asoma
la mirada del Cóndor que altanera
domina la pradera
y avizorando clávase en la esfera
donde alígero toma
su orientación omnímoda y certera.

De súbito, la atmósfera parece
que empaña su cristal y entenebrece
bajo el crespón de un velo;
las nubes, en tropel, van por el cielo
preñadas de tormenta,
y es signo precursor el raudo vuelo
de los gorriones que el ciclón ahuyenta
o empuja al ras del suelo
cegados por la racha polvorienta.

Persianas de ceniza
descuelga en su dosel el firmamento;
y en tanto que agoniza
la luz en el confín, modula el viento
sonidos que traducen un lamento...
Sobre la enhiesta cumbre
los ojos de aquél Cóndor, penetrantes
cual flamígera lumbre,
parecen escrutar en las errantes
y pavorosas nubes, el secreto
de sus vientres flotantes
sobre el espacio lúgubre y escueto.

De pronto se iluminan las alturas
de un vívido fulgor; el rayo estalla
con ruido de metralla
que hace danzar fantasmas y pavuras.
Ya fulge en el espacio, centellea
su látigo de fuego, ya domina

la impávida colina
que a su fulgor lucífero blanquea,
ora al caer los llanos ilumina,
requiébrase y fulmina...
mientras se esconde moribundo el astro
que deja al expirar fulgente rastro
tras la hopalanda gris de su cortina.

La tarde palidece;
y en torno al Illimani que parece,
nidal de cisnes blancos,
el viento silba recio, cual si fuese
culebra que enroscárase en sus flancos!
Undívagos los brezos de esmeralda
la luz siniestra irisa;
ondúlase el trigal; alada brisa
rizó su frimbia gualda
que flébil se estremece; temblorosa
marchítase la rosa
y en el jazmín la pudibunda yema.
Sólo el nevado inmóvil permanece
de frente al aquilón; y en alba gema
sereno resplandece!

No lejos, a la sombra
de undosas y fantásticas colinas,
reclínase sobre la blanca alfombra
de nieves cristalinas,
la heráldica ciudad de nobles ruinas
cuyo blasón de paz el labio nombra.
Mas no la paz que impera en el desierto,
sonámbula o inerte,
sino el vibrar de espíritu despierto
cuando en acción de lucha se convierte;
la paz que en la defensa
pone el escudo sobre el brazo fuerte,
y ha de vengar la ofensa
más allá del olvido y de la muerte!
Tal la ciudad sin mácula; guerrera
porque nació de un lampo de corajes
al resplandor eterno de su hoguera
que en alto reverbera
junto al bramar de cóleras salvajes!
porque asomó radiante en los albores
de la homérica hazaña,
brindándole sus brazos los alcores
y un sólido broquel cada montaña;
porque su cuna reclinó en las breñas,
mecida entre graníticos fragmentos
de rocas y de peñas
al rigor de los rayos y los vientos;
porque se alzó triunfal en el regazo
de las montañas rígidas y grandes
donde se dan abrazo
las nubes con las cimas de los Andes!
De la urbe el corazón inmenso late
con vibraciones de volcán que encierra

su llama de combate
bajo el fecundo seno de la tierra;
y un hálito de vida
de esa entraña prolífica y ardiente,
difúndese en la tarde estremecida
por la explosión fogosa del ambiente.

Cual si un temblor violento
sacudiera la atmósfera, se siente
que el cóndor pasa atropellando al viento...

Cual si un temblor violento
sacudiera la atmósfera, se siente
que el cóndor pasa atropellando al viento...

No muy distante surge el Mururata
que el Inca cercenó: su comba hiende
relámpago escarlata,
y al tiempo en que fugaz claror enciende,
perfilase el penacho del Sorata
como un plumón airado
que irradia desde el fondo del collado.
De pronto, dislocada la cabeza
que la leyenda afama,
por el espacio asoma su grandeza;
se encumbra hacia los astros el Sajama
colgando de las nubes su oriflama.

Los vívidos reflejos
del Huayna Potosí, son en sus picos
fascinación de espejos
en marfileñas varas de abanicos;
y un girón de bandera
dibuja, destacándose a lo lejos,
el dorso de la andina cordillera!
Hacia las altas cumbres va rugiendo
la tempestad que en su carrera loca
sacude el látigo de luz, fulgiendo
sobre la enhiesta roca;
pero en el gran cristal fosforescente
los rayos iracundos
se quiebran y se extinguen fugazmente.
De los Andes los músculos profundos
sólo podrá mover la omnipotente
mano de Dios que sujetó los mundos!

Todo es grandioso allí, Naturaleza
se arropa entre sus clámides sombrías
y un velo de tristeza
que viene desde ignotas lejanías
oprime el corazón. La luz bosteza
con estertor de muerte prematura,
y apenas si en la atmósfera fulgura
rayo fugaz. En ese instante reza
de hinojos preparando brujerías,
el indio que al espíritu conjura
cabe su choza oscura

clavada en las abruptas serranías,
en donde el viento oculto en la maleza
 remeda sinfonías.
Se inclinan los maitenes, fatigados
de tedio o de vejez. La tarde mustia
solloza; y en llanuras y collados
vierten las sombras su raudal de angustia.

II

El Cóndor, fuerte y bello,
radiante de altivez, sacude el cuello,
y en la arrogancia de su estirpe fiera
 dirige la altanera
mirada en derredor, cual un destello
de hiriente luz en la apagada esfera.
Collar sutil de nacarado armiño
 rodea su garganta,
junto al plumaje de ébano luciente
 que en natural aliño
cubre la piel hasta besar la planta.

El ave omnipotente,
como retanto al huracán bravío,
soporta los rigores del ambiente
cual si intentase retemplar su brío
 robando al aire frío
vida o calor para su sangre ardiente.
Y en tanto que resuena
la voz del trueno en la oquedad del monte
y agita el viento su álgida melena
 que enfría el horizonte,
sobre los campos del vergel andino
cae un raudal de lluvia cristalina,
para ser llanto en la oración del pino
 o aljofar en la encima.

De súbito, rasgando
la densa obscuridad del firmamento,
destella errátil luz que va bogando
 con ágil movimiento
por la extensión borrosa del vacío;
ya tímida y confusa, ya brillando
prológanse en zig-zag; ya cual navío
que flota o marcha a la merced del viento,
 retorna en su desvío
a iluminar el caos turbulento.

El barco se aproxima. Y es la estrella
que el nauta por los ámbitos conduce,
velívolo triunfal que altivo luce
 su deslumbrante huella.
Surcando lentamente por el cielo
se ensancha en la amplitud del horizonte,
y al acercarse al Cóndor que en el monte
 contempla con recelo
la extraña aparición, fuerza su vuelo,

cual si quisiese, como nave alada,
llegar hasta la cúspide nevada.

Entonces aquél pájaro gigante,
temiendo hallar rival en el pujante
bajel, con estridentes
agudos silbos de salvaje celo,
remóntase en sus alas prepotentes
rasgando el aire; sin tener bastante
para su enorme vuelo,
ni la extensión del término distante
ni el ámbito sin límites del cielo!

Bajo el obscuro domo
de la serena inmensidad, crepitan
las hélices de acero; vibra el lomo
del Leviatan intrépido; se agitan
sus rápidas aletas; y albas flotan
triunfando en el vacío
de las glaciales ráfagas que azotan
con ímpetu tenaz su ardiente brío.

Del Cóndor la magnética pupila,
puñal de luz entre la sombra espesa,
fíjase entonces con sin par presteza
cual la del tigre experto que vigila
su codiciada presa;
distancias mide, remontando el vuelo
sobre la airosa nave
que en lentitud avanza por el cielo,
tendidas sus soberbias alas de ave;
y audaz cayendo a plomo
sobre el timón que pilotea el viento,
con fuerza hiere el acerado lomo,
e hincando en los corceles de una amarra
los garfios de su garra
que en sangre de jaguar halló bautismo,
vuelca el bajel con ímpetu violento,
lanzándolo al abismo!
Veloz, cual una flecha desprendida
de la brillante aljaba del Rey Astro,
se va de bruces la torcaz herida,
dejando solo el rastro
de una estela de luz en su caída.

Y el Cóndor orgulloso de su gloria,
para evitar que sea en el espacio
menguada su victoria
por ese obscuro cielo de topacio,
torna a buscar las empinadas crestas
donde se quiebra el huracán aleve,
las cúspides enhiestas
que nadie ni jamás hollar se atreve,
los luminosos, los erguidos flancos,
resplandeciendo entre cendales blancos,
en recio pedestal de roca y nieve;
donde no hay fuerza extraña

ni alcanza la agresión del enemigo,
pues quien osare realizar la hazaña,
de los hijos del *mallcu* en la montaña
recibirá el castigo!
Y afirma allí su planta; donde el rastro
del águila no está, cabe el robusto
peñón envuelto en nube de alabastro
que al cielo se aproxima;
sobre la fuerte y majestuosa cima
del Illimani augusto!

III

Desfleca el sol su rubicunda llama
en ósculos de amor. Piadosa lumbre
que en virginal primicia se derrama
por la marmórea cumbre,
refulge suave en la argentada roca,
o es tornasol radiante
cuando en un haz deslumbrador se enfoca
para besar la frente del gigante.

Bandada bulliciosas
que anuncian el albor del nuevo día,
desgranán el rocío de las rosas
cuajado en pedrería
de irradiaciones bellas y vistosas.
De su lejano alcázar, viene leda
por los floridos campos ágil brisa
que gime en la arboleda,
retoza en el maizal o va de prisa
a desflorar los pétalos de seda;
y entre las gayas pomas
que vierten su fragancia en la pradera,
levántase un murmullo de palomas
al sol que reverbera
con lozano frescor de primavera.

El Cóndor sigue alerta;
y al esfumarse la penumbra incierta,
su beso matinal el aura expande
por la ciudad andina que despierta
de su sueño precursor, glorioso y grande...

Del sol la ardiente llama
sobre el nevado monte se derrama
como raudal de paz. Y en la alta roca
que envuelta en azahares
luce el penacho de opalina toca,
los ojos del gran pájaro semejan
dos ígneos y potentes luminaires
que al irradiar en cumbres de granito,
abarcán y reflejan
la augusta majestad del infinito.

Muy cerca luce su donosa estampa
la montaraz vicuña, centinela

perpetuo de la pampa,
que al descender del cerro por la rampa,
cabriola, corre, vuela,
más ágil y veloz que una gacela.

Penosa, lentamente,
camina al pie de la feraz montaña
la yunta que abre el surco a la simiente
que ha de brotar, propicia, de la entraña;
y esparce el labrador en fértil llano
su divinal tesoro,
para que surja el opulento grano
–vida y amor- sobre la espiga de oro.

Se escucha la canción de los pastores
llevando las ovejas del aprisco
que ascienden en tropel a los alcores.
Tejiendo red de cándidos amores
detiéndose en un risco
la indígena doncella; sueña incauta
con primicias de amor; mas del labriego
los sones de la flauta
perturban en su plácido sosiego
a la pastora que adivina el ruego...

La núbil india de placer se agita
mirando hacia la loma
por donde el rudo labrador asoma,
y el corazón de gozo le palpita
como ala acariciante de paloma.

Luego, la tierna plática en secreto
de engañador amaño...
y en tanto que impaciéntase el rebaño
por regresar al apacible seto,
del corazón abierto de la roca
cantando rueda el manantial de plata,
que en suave catarata
del verde musgo el terciopelo toca
y en un collar de perlas se desata

Renace todo albor. Sobre el Nevado
revuelan las fugaces golondrinas
en suave ritmo alado;
mientras el sol asoma a las colinas
y al expandir fulgor por el collado
con beso apasionado
prende el rubor en nieves purpurinas.

El Rey de las alturas, rebozante
de vigoroso ardor, se alza arrogante
sobre el robusto monte;
sacúdese triunfal; su vista abarca
de un golpe el horizonte
que siempre domeñó; soberbio enarca
su cuello de Monarca,
más albo que las límpidas espumas;

extiende el abanico
de sus fornidas y lucientes plumas
en las que frota el acerado pico;
 de pronto ve y agarra
la codiciada presa; luego toca
 la endurecida roca
 que siente la firmeza de su garra;
se lanza desplegando por el cielo
su poderosa majestad de atleta;
 y en rectilíneo vuelo
con rumbo fijo al sol, al alejarse
 parece una saeta
que rasga la envoltura del planeta
y al corazón del Astro va a clavarse!

© Rolando Díez de Medina, 2018
La Paz Bolivia